

Academia de Buenas  Letras de Granada

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON JUAN J. LEÓN

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

# CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON ENRIQUE MORÓN

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 9 DE ENERO DE 2006

GRANADA

MMVI

*Edita:* © Academia de Buenas Letras de Granada  
academiabuenasletras@hotmail.es  
*Imprime:* La Gráfica S.C.And. - Granada  
*Depósito Legal:* Gr-2.309/2005  
*I.S.B.N.:* 84-933672-9-X

DISCURSO  
DEL  
ILMO. SR. DON JUAN J. LEÓN

Disquisiciones sobre la  
poesía satírica

Excmo. Sr. Presidente,  
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Señoras y Señores:

COMO todo el mundo sabe, la poesía satírica se crea, se construye, se escribe con los mismos materiales lingüísticos que la poesía lírica, es decir, con los recursos gramaticales y estilísticos, sólo que, mientras en la poesía lírica generalmente la forma se pone al servicio de la expresión de la belleza, en la satírica resalta o exagera la fealdad física o ética: así, los cabellos rubios que en la poesía lírica son “hilos de oro”, en la satírica son “virutas de carpintero”; la nariz que en la poesía lírica es “concha de nácar”, en la satírica es “fragua de herrero”; los labios que en la poesía lírica son “pétalos de coral”, en la satírica son “hocico tragaldabas”... De este modo se podría bajar hasta los pinreles alabando o denigrando, ponderando o motejando las demás partes del cuerpo según qué forma de expresión poética escojamos.

Si nos fijamos, la intencionalidad del emisor del mensaje poético es la causa que determina el empleo que de los elementos de la lengua se haga, como sucede en la redacción de cualquier otro tipo de texto. Quiero decir que el emisor selecciona un material lingüístico concreto según el empleo que le piensa dar, según el texto que se proponga emitir.

Con la palabra “perla”, cuyo significado es “piedra preciosa”, se pueden construir dos metáforas diametralmente distintas: una metáfora lírica: “Fulano es una perla”, es decir, una persona excelente; o una metáfora satírica: “Fulano es un perla”, es decir, una persona execrable. Como vemos, con el mismo material lingüístico, el sustantivo “perla” en este

caso, hemos creado dos significantes, diferentes sólo en el género, que han dado lugar a significados absolutamente dispares. La palabra “perla” ha ampliado su campo semántico al pasar del lenguaje real al figurado, del plano normativo al metafórico.

Como indica Bergson, *“hay que distinguir entre lo cómico que expresa el lenguaje y lo cómico que crea el lenguaje mismo. La primera clase de comicidad podría traducirse a otro idioma, aunque perdería la mayor parte de su relieve al pasar a otra sociedad que fuese distinta por sus costumbres, por su literatura y, sobre todo, por sus asociaciones de ideas. La segunda clase de comicidad es generalmente intraducible. Todo cuanto es se lo debe a la estructura de la frase o a la elección de la palabra”*.

Igual ocurre con las demás ramas del arte. Pongamos como ejemplo la pintura: el color rojo puede emplearse para representar un amanecer glorioso o un tétrico campo de batalla, o sea, el comienzo de la vida o el de la muerte. Un mismo material pictórico puede servir para expresar el sentimiento amoroso o el instinto asesino.

Parece lógico pensar que no es la forma, el material lingüístico, lo que, en principio, diferencia los distintos modos de expresión poética de que les hablo, sino su empleo, el uso que se hace de él según la finalidad que se pretende, y esa finalidad es la emisión de unos contenidos determinados que pueden llegar a ser antitéticos puesto que, generalmente,

- La poesía lírica expresa sentimientos afectivos como el amor, la admiración, la amistad, etc.; mientras que la satírica expresa sentimientos desafectos como el odio, el desprecio, la animadversión...

- La poesía lírica expone cualidades positivas como la

belleza, la bondad, la inteligencia, etc.; en tanto que la satírica expone factores negativos como la fealdad, la maldad, la estupidez...

- La poesía lírica idealiza, mitifica y encumbra transmitiendo beneplácito; en cambio, la satírica caricaturiza, desmitifica y desprestigia transmitiendo repulsa.

- La poesía lírica produce en el lector placer estético y la satírica hilaridad.

Ni que decir tiene que la poesía lírica rebasa en todos los aspectos las características que he señalado, pues no siempre expresa sentimientos afectivos, ni expone cualidades positivas, ni idealiza como podemos comprobar en los versos siguientes de Neruda dirigidos a Franco:

*“...Solo y maldito seas,  
solo y despierto seas entre todos los muertos,  
y que la sangre caiga en tí como la lluvia,  
y que un agonizante río de ojos cortados  
te resbale y recorra mirándote sin término”.*

Entiéndase, por lo tanto, que sólo he enumerado aquí, por conveniencia, las características de la poesía lírica que contrastan con las de la satírica para ver sus divergencias conceptuales, a las que hay que añadir la diferencia que existe entre sus respectivas posibilidades de transmisión o el desnivel que media entre el alcance de sus capacidades comunicativas pues, mientras la poesía lírica expresa conceptos y sentimientos humanos comunes a todos los hombres como son el amor, la angustia existencial, el miedo a la muerte, etc., la poesía satírica expresa conceptos y sentimientos que no son

iguales en todas las naciones y pueblos, que no son concebidos del mismo modo en todas las culturas y sociedades.

El poeta lírico universaliza sus sentimientos personales porque son comunes a todos los humanos, porque todas las personas experimentan y manifiestan de igual modo o de forma semejante esos sentimientos que, por la sola razón de ser sentimientos, son humanos.

El poeta satírico no puede universalizar sus sentimientos, aunque sean comunes a todas las personas, porque en cada país, en cada pueblo, en cada cultura se tiene un sentido diferente del humor, una forma distinta de concebir la burla, la risa, la ironía. Cada cultura tiene sus propios referentes ideológicos, sus esquemas mentales y su sentido de la equidad y de la medida. Hay pueblos de una mentalidad tan racionalista que son incapaces de comprender las hipérbolas, el absurdo o la distorsión, pilares frecuentes del lenguaje satírico.

No es sólo el carácter cultural, nacional, regional o social lo que condiciona la capacidad de captación de lo satírico, cada persona tiene su propio sentido del humor, su propia gracia o visión jocosa de la vida. Se dice que el sentido del humor denota inteligencia. El sentido del humor es una cualidad visceral, genética, pero también un fenómeno social y cultural. Hay gente inteligente que, habiendo nacido, y habiéndose criado, vivido y educado en donde se supone que todos tienen un gran sentido del humor, carece totalmente de este carácter.

El individuo que nace con una propensión a la ironía, a la jocosidad, con una imaginación desbordante, con un carácter crítico pero burlón, alegre, tolerante, aprende de su gente y de su pueblo o sociedad en que se educa tópicos, símbolos,



prejuicios, chascarrillos que van moldeando su personalidad, su sentido del humor, su genio socarrón o simpático.

Todos los hombres lloran igual y por las mismas causas (la muerte, el dolor, el miedo...), en cambio, todos los hombres ríen igual pero no se ríen de las mismas cosas. Pongo un ejemplo: casi ningún anglosajón entiende que los españoles hagamos chistes de nuestras propias miserias morales, de nuestras negligencias nacionales, de nuestra falta de responsabilidad. Piensan que, riéndonos de nuestros fallos, tiramos piedras a nuestro propio tejado, mostrando nuestra inconsciencia, por no decir nuestra estupidez. Yo creo, en cambio, que es prueba de nuestra capacidad de autocrítica, de nuestro poder de captación, de nuestra inteligencia objetiva y, tal vez también, de nuestra falta de pudor. El ejemplo genial de cuanto afirmo lo tenemos en el Quijote: Cervantes hace una representación burlesca de nuestra idiosincracia, de nuestra desastrosa incapacidad para lo práctico, de nuestra reflexión contradictoria..., y lo hace de una forma bondadosa, como en los chistes populares que tratan de españoles. Por lo tanto, no tiramos piedras a nuestro propio tejado. Nos burlamos de nosotros mismos con complaciente risa, sin mala inquina. En cambio, sí solemos tirar pedruscos al tejado ajeno; la prueba se confirma al observar que la crítica se agria cuando los chistes tratan de otros pueblos, sobre todo si son vecinos. Los chistes “de moros”, por ejemplo, son más sangrantes que los “de chinos” o “de esquimales”, por ser pueblos que nos quedan muy lejos. Los tópicos mamados y asumidos, y la memoria histórica son causas decisivas de este cambio de visión crítica cuando el chiste trata de burlarse de un pueblo vecino. Somos condescendientes con nuestros “vicios” (palabra clerical que no me gusta) pero no transigimos con los ajenos.

También la ideología o mentalidad del individuo influye en su capacidad como receptor del lenguaje satírico o burlesco. Los prejuicios morales, las creencias religiosas y el carácter hosco impiden captar la gracia o la intencionalidad jocosa de textos satíricos. El efecto de los poemas satíricos en individuos con esta personalidad suele ser de enfado o indignación, el contrario del pretendido por el autor. Para un intransigente el verso, “*mujer que dura un mes se vuelve plaga*”, es misógino y sin gracia. A mí me encanta su perfección formal y me divierte su contenido porque relaciono la mala cohabitación con los desastres que las plagas producían antaño, capto las connotaciones bíblicas de la palabra “plaga” como castigo divino, igual que el matrimonio eclesiástico, noto la influencia de la misoginia religiosa que subyace y, sobre todo, porque sé que el autor, Quevedo, no aguantó casado ni dos años. Todas estas referencias permiten que entienda, valore y disfrute este verso esté o no de acuerdo con su contenido, como me ocurre cuando leo un poema de San Juan de la Cruz, aunque no comulgue con sus creencias.

Como vemos, es necesario también poseer unos conocimientos, una preparación cultural para poder captar, en toda su amplitud, el contenido de cualquier tipo de poesía, pero, aún más, la satírica. Pongo un ejemplo de mi propia cosecha:

*“Según la historia cuenta, fue un rabino,  
circuncidor de barbas, el primero  
que repudió el oficio de barbero  
tomando el lucrativo de otorrino”.*

El lector de este cuarteto no entenderá su contenido crítico ni captará su temple satírico si previamente no sabe que

los rabinos son los sacerdotes hebreos y, por lo tanto, los encargados de la circuncisión; que se establece un paralelismo entre circuncidar y rasurar; que la religión hebrea permite repudiar a las mujeres estériles por su incapacidad para engendrar al Mesías, cuya llegada aún esperan; que los barberos eran, hasta hace relativamente poco, los “sacamuélas”, oficio que después se academizó haciéndose, hasta la fecha, de los más lucrativos, y que, por su rentabilidad, un judío (paradigma popular del avaro) fue el primero en reconvertirse en otorrinolaringólogo, sustituyente, por asociación semántica, de “dentista” con cuya profesión se emparenta vulgarmente.

No sería de extrañar que algún lector actual tildara a este cuarteto de antisemita y no le hiciera gracia. Los prejuicios ancestrales que siguen vigentes en el inconsciente colectivo y la mala conciencia burguesa están imponiendo una nueva censura que coarta la libertad de expresión. Por ejemplo, no está bien vista ni oída la palabra “moro”; debe decirse “magrebí”, por lo que, Enrique Morón y yo tendremos que acostumbrarnos a pedir, en las ferias, pinchitos magrebíes.

El caso más cafre de represión lingüística actual es el siguiente: resulta bastante feo decirle a un hombre negro “negro”; hay que decirle “subsahariano” (aspirando la hache) o, como los norteamericanos, “hombre de color”, como si los demás fuésemos incoloros o transparentes; y para evitar ser tildado de racista, xenófobo y fascista, en vez de lamentarse de “verlo todo negro”, hay que alegrarse de “verlo todo colorado”. Si bien se piensa, utilizar alguno de estos eufemismos es un insulto evidente porque supone considerar una deshonra pertenecer a la raza negra. Como dijo Einstein, *“el universo y la estupidez humana son infinitos, sólo que de lo primero no estoy seguro”*, apostilló con sorna el sabio.

Otra cuestión que plantea la poesía satírica es su vigencia. Un poema lírico escrito por Quevedo nos sigue impresionando estética y afectivamente porque valoramos su forma estilística aunque haya cambiado nuestro gusto literario, y porque seguimos sintiendo su contenido trate del amor, del tiempo efímero, o de la decadencia ética, política y militar de España, a pesar de que nuestro sentimiento amoroso sea distinto, nuestro concepto del tiempo tenga otros límites y nuestra visión de España se encuentre hoy, por tergiversación nacionalista, en estado gaseoso. En cambio, un poema satírico del mismo autor nos puede dejar indiferentes a causa de alguna de las siguientes cuestiones:

Primera.- Por haberse producido un cambio de mentalidad: las ideas del lector difieren de las del tiempo en que se escribió el poema, de las del propio autor, y se producen interferencias en la comunicación del mensaje poético. Nunca olvidemos que todo tipo de texto encierra unos conceptos determinados según la ideología de su autor y del contorno histórico en que se inscribe. Según Carlos Bousoño, para que la poesía cumpla su función primordial, que es la de comunicar, se requiere del asentimiento del lector, entendiéndose que *“la precisión del asentimiento nace de que, puesto que la poesía es comunicación, según dijimos, y precisamente porque lo es, el lector va a hacer suyo por contemplación lo que el poeta enuncia, y claro está que ningún lector se solidarizaría con un estado de alma que juzgase impropio; impropio, al menos, en la circunstancia de que se trate. [...] Y así, es fácil que un católico muy ferviente goce algo más, en igualdad de condiciones, con un poema religioso de su propia confesionalidad que con un poema ateo; o que un*

*comunista, cuando quiere pasar un buen rato, se sienta más dispuesto a leer, también en igualdad de condiciones, a un gran escritor de su bando que a un gran escritor del contrario”.*

Al producirse cambios en los valores, en los principios ideológicos y símbolos referenciales, el poema satírico puede quedar vacío de contenido o como engendrado en el absurdo, y el asentimiento o aceptación del lector no producirse. Como dice Bousoño, “*únicamente si asentimos al autor, únicamente si estamos de acuerdo con él al percibir algo como irrisorio, podremos acompañarle con nuestra risa en su burlesca actividad*”.

Segunda.- Por discordancia en el sentido del humor del receptor y del poeta. Como ya dije, cada persona tiene su propio sentido del humor; si no coinciden el del emisor satírico con el del lector, éste no captará la burla o ironía aunque alcance en toda su extensión el contenido del poema: entenderá el mensaje, pero no le hará gracia porque su sentido del humor es distinto al del autor.

A veces, el humor del propio Cervantes nos puede parecer primitivo, incluso burdo, como cuando cuenta que don Quijote y Sancho se vomitan en la cara por el recuento de unas muelas. El tema escatológico apenas tiene hoy interés burlesco porque no produce hilaridad, en cambio el tema sexual mantiene una lozana vigencia como asunto inspirador de todo tipo de creaciones jocosas, buena muestra es la proliferación infinita de “chistes verdes”.

Tercera.- Por pertenecer a culturas distintas el escritor y su lector, y, por tanto, tener una concepción diferente de los factores morales, religiosos, sociales, etc. Las referencias

educativas marcan al individuo de por vida y hacen que, incluso, su sentido de la realidad tenga una forma de captación y de representación incompatibles con las del poeta satírico perteneciente a otra cultura. Para la religión budista, por ejemplo, un buen tamaño de orejas simboliza la bondad y la sabiduría; para nosotros es un motivo irreprimible de burlas y sarcasmos; por eso, cuando contemplamos la representación de un bondadoso Buda cuyas orejas descansan sobre sus hombros, no sentimos devoción ni admiración, sino hilaridad risueña.

Cuarta.- Por desconocerse al personaje sobre el que se exploya la crítica o del que trata la sátira. Cuando el poeta satírico denuncia el talante gris o despreciable de un personaje público o histórico, no existe ningún problema de comprensión por el conocimiento que de su vida y obras tenemos, pero si trata de un individuo anónimo y, consecuentemente, desconocido, pueden sus versos perder su trascendencia a no ser que el autor haya sido capaz de retratar en ellos a un tipo social concreto (el médico, el aguacil, el pícaro) o un carácter determinado (el egoísta, el chulo, la buscona). El poeta perpetúa la vigencia de su obra al recrear unos símbolos sociales por antonomasia.

De nuevo podemos constatar aquí la diferencia entre la poesía lírica y la satírica: casi todos los poemas amorosos, pongo por caso, están dirigidos a una persona desconocida para el lector y esto no le impide comprenderlo, disfrutar de su estética, y sentir su afectividad o temple erótico.

Quinta.- Por desaparición de las circunstancias históricas referidas en la sátira o por olvido de las anécdotas que dan

pie a su contenido o del hecho que inspiró al poeta su burla. Muchos recordamos con satisfacción la fértil inspiración chistosa del pueblo durante la dictadura; cuando el Caudillo nos abandonó de su mano, miles de chistes quedaron obsoletos, aunque parte de su obra perdure. Igual puede ocurrir con algunos poemas satíricos: pierden su vigencia en cuanto cambia el marco histórico que los acuñó o las circunstancias en que se acuñaron; por eso, algunos poemas demasiado actuales dejan de ser trascendentes, su mensaje se agota en el presente.

Por la misma razón se nos escapan muchos detalles de poemas antiguos como, por ejemplo, *Las coplas de la Panadera*, de *Mingo Revulgo* o del *Provincial*. En este último poema, por ejemplo, se van nombrando a todos los miembros de la alta nobleza castellana de tiempos de Enrique IV, de los que sólo conocemos a Beltrán de la Cueva, valido del monarca, a Rodrigo Manrique, padre del poeta Jorge Manrique, y al propio rey, por lo que casi todos los hechos que se detallan y todas las alusiones que se insinúan, se nos escapan.

En cualquiera de los casos que he señalado como posibles causas de pérdida de vigencia de la poesía satírica por su incapacidad para comunicarse con generaciones posteriores, siempre queda su valoración formal, su importancia como texto literario, como estructura poética. Así ocurre también, por ejemplo, con muchos poemas líricos del barroco español que seguimos admirando por su perfección estilística a pesar de que sus contenidos hoy no interesen, incluso puedan parecernos ridículos, como el soneto gongorino “*De una dama que, quitándose una sortija, se picó con un alfiler*”, o el de

Lope de Vega “*A una dama que se limpiaba los dientes*”, o el de Quevedo “*A Aminda, que teniendo un clavel en la boca, por morderlo, se mordió los labios y salió sangre*”.

¿Qué valor puede tener hoy un poema lírico, pongo por caso, que cuente como se peina una dama ante un espejo, por más que sus cabellos sean de oro y el espejo de plata? ¿Qué vigencia puede tener en estos tiempos en que las damas se dan un alisón con un peine de plástico –ni siquiera de carey– ante un espejo de cristal azogado porque tienen que irse corriendo al puesto de trabajo?

Parece claro que no es el contenido el valor que da vigencia a los poemas referidos, sino su forma, y que, como afirma Sainte-Beuve, “*en la literatura no hay nada inmortal sino el estilo*”.

Pero la valoración de la poesía satírica no se limita a la suma de su contenido trascendente con su riqueza estilística; hay cualidades no lingüísticas que se añaden a la vigencia del contenido y a la perfección formal para aumentar su importancia no sólo como texto literario sino también como texto psicológico, testimonial e histórico.

En primer lugar, hay que señalar la sátira, el sarcasmo, la ironía y la burla como características humanas por la propensión natural del hombre a la comicidad, la diversión y la risa, fenómenos que lo diferencian de los demás seres vivos. Es pertinente anotar aquí que la única forma de diversión común a los hombres y a algunos animales sea el juego, y que éste sólo se ejercita durante la infancia, precisamente el período en que el individuo aún no ha desarrollado las características humanas antes enumeradas, lo cual demuestra que la ironía, la sátira, el sarcasmo y la burla son cualidades adquiridas como ya señalamos. Esta necesidad humana de la



hilaridad en todas sus formas puede ser satisfecha de varios modos, entre los que cabe enumerar los ligüísticos, como los motes, las frases burlescas, los chistes y, en general, toda la literatura satírica.

En consecuencia, la poesía satírica es una de las formas ligüísticas de satisfacer una necesidad humana; tiene un valor añadido a su cualidad literaria: sirve para la realización de un fenómeno psíquico, la hilaridad.

En segundo lugar, la poesía satírica tiene un valor extraliterario como testimonio político o denuncia social. El poeta es, como dice Vicente Aleixandre, *“una conciencia puesta en pie”*, notario y portavoz de su pueblo, y, en consecuencia, su obra es el registro de cuanto observa en su interior y en todo su entorno. De ahí la persecución que muchos poetas han sufrido prácticamente en todas las épocas y por todos los regímenes políticos y organizaciones religiosas.

Según el conde de Viñaza, miembro de la Real Academia Española a finales del bullicioso siglo XIX, *“el poder de la poesía satírico-política es indispensable para contribuir a la destrucción de lo que es imperfecto y para transformar, rejuvenecer y crear lo verdadero y lo justo en medio de la eterna antítesis que en el fondo de toda sociedad se agita”*.

Se dice que la poesía satírica ha florecido siempre en épocas de decadencia política, relajación moral y descomposición social. Si esto fuese cierto, en nuestros días, España sería un verjel rebosante de ramilletes satíricos, puesto que el territorio nacional no puede estar mejor abonado.

En tercer lugar, la poesía satírica es un documento histórico puesto que describe las costumbres, la ética, la ideología dominante, los dichos y los hechos de una época, de una sociedad o de un individuo anónimo o público. Como dice José Martí,

*“cada estado social trae su expresión a la literatura de tal modo, que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos con más verdad que por sus cronicones y sus décadas”*. Ahora bien, como texto poético, la poesía satírica es subjetiva por lo que su interpretación documental debe hacerse teniendo en cuenta las siguientes cuestiones:

Primera.- La parcialidad del autor al redactar su obra. El poeta toma siempre partido; en su creación no cabe la neutralidad por el propio carácter subjetivo del género literario que utiliza para la expresión de sus vivencias, sentimientos, ideas, etc. Por tanto, la valoración testimonial del contenido de un poema satírico debe tener en cuenta este carácter. Dar por buena históricamente la descripción que de la batalla de Olmedo se hace en *“Las coplas de la Panadera”* sería un craso y grosero error aunque el autor arremeta indistintamente contra la nobleza de ambos bandos en pugna, y quepa suponer en ellas verdades como que el obispo Lope de Barrientos, antes de iniciarse la contienda,

*“... a predicarles saliera,  
e por conclusión pusiera  
quel que allí fuera a morir,  
él le faría subir  
al cielo sin escalera”*,

o que

*“por más seguro escogiera  
el obispo de Sigüenza  
estar, aunque con vergüenza,*

*junto con la cobijera,  
mas tan gran pavor cogiera  
en ver huir labradores  
que a los sus paños menores  
fue menester lavandera”.*

Segunda.- La visión interesada de los hechos narrados. El poeta crea su poema con una finalidad determinada que puede ser personal, como desprestigiar a un enemigo, o social, como denunciar una situación general insostenible de la que el propio autor es una víctima más. Como dice Juvenal, “*facit indignatio versum*”, y la indignación, añado yo, es un estado de ánimo que impide la observación objetiva y la interpretación imparcial de cualquier hecho.

Esta cuestión se resume en la frase que Heinrich Heine dijo de una comedia: “*Esta sátira no hubiese sido tan mordiente si el autor hubiese tenido más que morder*”.

Tercera.- La tendencia a exagerar los rasgos negativos para ridiculizar al personaje satirizado hasta convertirlo en una caricatura. Recuérdense la letrilla que Quevedo escribió contra Ruiz de Alarcón, al que llama, por sus jorobas, “*poeta entre dos platos*”, que comienza:

*“¿Quién es poeta juanetes,  
siendo, por lo desigual,  
piña de cirio pascual,  
hormilla para bonetes?  
¿Quién enseña a los cohetes  
a buscar ruido en la villa?  
Corcovilla”.*

Como vemos, la descripción satírica destaca tanto los defectos físicos, su deformidad torácica, como los éticos, su vida escandalosa.

Cuarta.- La influencia de la ideología del autor como método y medida para la interpretación y valoración de los hechos narrados y de los personajes satirizados. En la poesía satírica se puede observar con claridad la manipulación ideológica que el autor hace de los argumentos de su obra de igual modo que el periodista sensacionalista y el político demagogo hacen de la realidad cotidiana.

El poeta satírico no tiene el más mínimo pudor (ni falta que le hace) en tergiversar los hechos y exagerar los rasgos de la realidad porque son parte de los recursos literarios que enriquecen y dan expresividad a la forma satírica y, además, porque, con sus versos, no pretende engañar a nadie: el lector de poesía satírica ya sabe a qué atenerse.

Recapitemos para terminar: hemos visto que la poesía satírica tiene un valor permanente que depende de su riqueza estilística, es decir, de su estructura formal, y, desde un punto de vista diacrónico, otros valores extraliterarios que dependen del contenido y sirven para satisfacer una tendencia natural del hombre a la ironía, a la burla, al jolgorio y al sarcasmo; para denunciar situaciones injustas, criticar hechos nefandos y denostar a personajes nefastos; y, finalmente, para transmitir la realidad circundante como testimonio de una época, como registro de unas costumbres, como documento histórico.

Ahora conviene plantearse, desde un punto de vista sincrónico, ¿qué valores extraliterarios puede tener, hoy día, la

poesía satírica? En esta sociedad deshumanizada en la que triunfa la mediocridad, la incultura, la violencia, la grosería y el mal gusto, carece de toda validez; y si se sigue escribiendo poesía satírica, burlesca, festiva y jocosa es por el placer intelectual de crear literatura, por pura diversión hilarante y por necesidad psicológica: la poesía satírica es, como vimos, un medio de expresión de lo que no gusta, es un desahogo moral y un modo de denuncia social aunque el autor sea consciente de que predica en el desierto rasurado de la luna.

JUAN J. LEÓN  
(Granada 1946)

En la década de los años sesenta publica sus primeros libros de versos considerados por el autor como intuitivos y de aprendizaje, por lo que no los ha incluido en sus poesías completas.

A partir de 1971 viaja con frecuencia por toda España peninsular, Europa y algunos países de África y Asia.

En 1974 crea y dirige la Colección Zumaya de poesía en la que publica *Espero la caída del pájaro más triste*, su primera obra de madurez.

En 1978 edita *Estos tiempos son largos paréntesis de goma* y se licencia en Filosofía y Letras por la Universidad de Granada en la sección de Filología Románica y, el año 1985, en la sección de Historia Contemporánea.

En 1986 publica *Conciencia puesta en pie*.

En 1988 hace un viaje con Javier Egea a Portugal en cuya capital ambos poetas dieron varios recitales. Este mismo año publica una carpeta de poemas titulada *Canción debida* e ilustrada con serigrafías de José Aguilera, y reúne y edita bajo el título *Del corazón y la experiencia* toda su poesía escrita entre 1970 y 1988.

Al año siguiente publica su libro de ensayos titulado *Expresión poética y expresión popular* que sería reeditado el año 2000, en una versión ampliada, bajo el título de *Formas de expresión poética en el lenguaje popular*.

En 1994 participa, junto a otros “poetas independientes”, en un recital en el Ateneo de Sevilla.

En 1995 publicó sus *Poemas satíricos* escritos entre 1973 y

1993, y, al año siguiente, colabora en la obra *Églogas de Tiena* de la que es autor junto a Fernando de Villena, José Lupiáñez y Enrique Morón.

En 1998 publica una *Literatura Universal*.

En 2002 publica una serie de ocho sonetos con el título *Estacio entre dos fechas*.

En 2004 publica su segundo libro de poesías completas que recogerá su producción entre 1989 y 2002 bajo el título *Del corazón y la experiencia*, continuación del que publicó en 1988.

CONTESTACIÓN  
DEL  
ILMO. SR. DON ENRIQUE MORÓN



Excmo. Señor Presidente,  
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Señoras y Señores:

**T**RAS esta brillante intervención de Juan J. León, nos ha quedado clara su capacidad para el estudio de lo que ha sido una de sus constantes a través del tiempo: la poesía satírica. De ella se ha nutrido el poeta durante años y años, y su mordaz gracejo ha sido siempre alimento de nuestras sonrisas.

Mucho esfuerzo nos costó a los amigos que publicara sus poemas jocosos, pues él consideraba que se trataba de poesía menor, mas una vez convencido ya han entrado en sus obras completas con el rango de lo que es su poesía “seria” en el buen sentido de la palabra. Pero si profundizamos en ambas vertientes veremos que hay un punto de unión entre lo lírico y lo satírico: el desengaño. Dichas modalidades beben de la misma fuente en donde él se deleita y se complace: Francisco de Quevedo. A partir de aquí nuestro poeta sigue su andadura existencial hasta ampliarse en un abanico de afluentes que enriquecen la peripecia esencial de su poesía: el amor, el paisaje, la lucha por la libertad, el compromiso político, el nihilismo y la decepción que despiertan en él la hipocresía y la maldad humanas. Todos estos estados anímicos tan magnífica y líricamente expresados tienen, como en un viejo daguerrotipo su negativo, o sea: la versión esperpéntica de la realidad en donde el poeta ahonda con los mismos materiales lingüísticos, como él nos dice, que los de la lírica. Este as y

envés forman, en definitiva, la aventura poética de nuestro escritor.

En *Del corazón y la experiencia* –primera parte– donde reúne toda su obra poética desde 1970 hasta 1988 recoge, como hemos dicho, ambas vertientes: desde *Espero la caída del pájaro más triste* y siguientes poemarios líricos donde está el primer Juan Jesús renovado y joven, con su liberalidad y compromiso hasta, a manera de apéndice, la *Pajarera municipal* donde se muestra el poeta con todo el brillo y desenfado que caracteriza a sus sorprendentes poemas satíricos que le sirvieron de aliciente para continuar en su segundo libro de obras completas –con el mismo título– y en donde termina su poemario *Canción debida* e incide en el soneto: *Espacio entre dos fechas*, amén de otras series como sus églogas.

Pues bien, también deja para el final del libro sus siempre sorprendentes y magistrales poemas satíricos: *Intrépidos naufragantes* y *Una vela en este entierro*, para regocijo y deslumbramiento de sus lectores. Esta habilidad que tiene el poeta para mirar el mundo desde la radiografía de una caricatura hacen de él, como apunté antes, a uno de los más finos, frescos, desinhibidos y mordaces poetas satíricos de la modernidad. Nada escapa a sus ojos “inquisitoriales”. Su visión amena y deformante nos sumerge en un mundo distinto, maravilloso y, a veces, surrealista, en donde los personajes discurren por la vida desnudos y fantásticos, distintos e informales; ajenos a la maldad que infunden en sus personajes otros humoristas, pero lejos de ingenuidades y lugares comunes.

Pero bien, hablemos ahora del hombre. ¿Quién es Juan J. León? ¿Quién es este hombre bueno y sencillo que lleva la

amistad como bandera y camina por la vida con naturalidad y elegancia, innatas en él, como quien va a hacer su paseíllo taurino? ¿Quién es esta persona afable y asequible que siempre está dispuesto a hacerte un favor a cambio de nada? ¿Quién esta criatura íntegra y cordial que no conoce el sabor agrio ni la infamia? Éste es nuestro amigo Juan. Amigo de todos y persona cabal. Comprometido con su tiempo, en él no caben la falsedad o el egoísmo.

Muchas horas hemos compartido juntos. Muchos días y muchas noches de poesía y de copas. Lo conozco desde la juventud y jamás hemos tenido ni el más mínimo problema.

He visto crecer su obra lo mismo que la hiedra trepa por los viejos murales de la vida. Su obra callada, silenciosa. Su obra auténtica: sin envidias ni “malas artes”. Él siempre ha ido por derecho y ha mirado por derecho. Su obra es exquisita y cuidada en donde iba desgranando su verso lentamente como si fuera el corazón de una mazorca de esmeraldas. Nunca ha tenido prisa en publicar pues piensa que en la vida, e igual en la poesía, todo ha de ir por sus propios pasos. Y así, con la lentitud del asceta y el entusiasmo de los niños, su obra ha ido creciendo al compás de los latidos de su corazón: golpe a golpe, verso a verso, hasta convertirse en uno de los poetas más sentidos y nobles de su generación.

Éste es, como digo, un poeta auténtico en su versión lírica y satírica, en su calidad humana; le deseamos una cordial andadura por nuestra Academia de Buenas Letras, con la seguridad de que su paso por dicha institución dejará en ella un recuerdo imborrable.

Bienvenido.

Este discurso, editado por la  
Academia de Buenas Letras de Granada,  
se acabó de imprimir en Granada,  
el 5 de enero del año 2006,  
LXX años del fallecimiento  
del literato español  
Ramón María del Valle Inclán,  
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,  
estando al cuidado de la edición  
el Ilmo. Sr. D. Pedro Enríquez,  
Bibliotecario de la Academia.

Granada,  
MMVI